



“Un dolor de abandono”.
El relato del sida en las cartas de Néstor Perlongher

Javier Gasparri
Universidad Nacional de Rosario - CONICET
jegasparri@gmail.com

Resumen

En la presente ponencia proponemos un recorrido por distintos modos de lectura del sida en las cartas de Néstor Perlongher enviadas a su amiga Sara Torres. Luego de indagar la comunicación epistolar como productora de presencia, mencionaremos la consideración del sida en el contexto de la obra de Perlongher para pasar a la posibilidad del relato biopolítico que allí se registra y, finalmente, detenernos en el modo en que este epistolario inscribe la tensión vida-muerte.

Palabras clave: Néstor Perlongher – sida – carta – biopolítica – vida/muerte

“Te roza ambos cachetes, sutilmente, La Rosa”
(Mayo 1992, en Perlongher (2004): 457)

1- La carta como presencia: afirmación afectiva y ansiedad demandante.

Hasta el momento, dos son los epistolarios que se han publicado de Néstor Perlongher. Uno dirigido a su amiga Sarita Torres, que abarca poco más de once años (desde el 4 de julio de 1981 hasta el 31 de agosto de 1992) y se corresponde con la partida de Perlongher a Brasil en 1981 hasta su muerte, incluyendo las cartas enviadas desde París entre 1989 y 1990. La otra serie publicada es la que le envió a Osvaldo Baigorria entre 1978 y 1986; en total doce cartas que dan cuenta del nomadismo de Perlongher pero también del mismo Baigorria (en las primeras Perlongher está en Buenos Aires y Baigorria en Canadá, y en las últimas Perlongher en San Pablo y Baigorria en Buenos Aires).



En ambas series, una voz escrita en primera persona se pone a hablar, instalando así un “yo” que firma indistintamente como “Néstor”, “Rosa”, “Rose”, “N”, “la otra”. Pero más acá de esa proliferación que deja leer en el estilo cotidiano y privado una huella de lo que para Perlongher es el chiste de la identidad (en este caso, bajo la forma de un imposible nombre propio único), importa lo que en esas cartas el escurridizo y reactivo “yo” de Perlongher¹ afirma acerca de una afectividad redefinida por la invasión del sida y, consecuentemente, la inminencia próxima de la muerte.

Nos detendremos en la serie dirigida a Sara Torres que, por su extensión cronológica, es la que se exploya en el testimonio del sida². En primer lugar, hay que considerar la carta como presencia que afirma un vínculo: esa palabra escrita que quiere dialogar con un otro, presentificándolo, y que por eso exige siempre una respuesta. “Como deseo, la carta de amor espera su respuesta; obliga implícitamente al otro a responder, a falta de lo cual su imagen se altera, se vuelve otra”, señala Barthes (2006: 52), y quisiera pensar allí en un vínculo amoroso en sentido amplio, en este caso extensible a una amiga. La carta, así, pone en juego la relación misma, aunque en una correspondencia unidireccional como esta (sólo leemos las cartas de Perlongher), revelarán más sobre Perlongher mismo (*solo*) que sobre su vínculo con Sara Torres. Esto es: la permanente demanda que registra Perlongher (‘escribime, escribime, escribime’) dicen demasiado sobre su soledad, su aburrimiento o su necesidad afectiva. Aunque, claro está, en esas huellas también se filtra la eventual ‘ausencia’ de Sarita (no le responde algunas cartas, no le escribe con frecuencia). La ausencia de escritura de la amiga es el correlato que afirma (y hace presente) la ausencia física, la distancia o no proximidad de su cuerpo. La ausencia de su voz escrita confirma la ausencia de la materialidad sonora de su voz y le recuerda a Perlongher que ella no está cerca. La

¹ Me refiero al modo en que Perlongher mismo tematizó y puso a funcionar en su propia obra el descentramiento del sujeto y la identidad –y, por extensión, la idea de un ‘yo’-, influido por la filosofía deleuzeano-guattariana.

² Todas las referencias de estas cartas corresponden a Perlongher (2004). Por eso, al citarlas, sólo consignaré el número de página correspondiente y, en algunos casos, la fecha de su escritura.



demanda afectiva, así, se regula en la escritura epistolar perlongheriana mediante una ansiedad que filtra en la superficie el deseo de contacto y diálogo³.

Esa ansiedad que está presente a lo largo de todo el epistolario (y también en el dirigido a Osvaldo Baigorria) y que, por lo tanto, parecería una constante de Perlongher, se exagera, sin embargo, a partir de la enfermedad, y menos por una acumulación cuantitativa que por una fuerza intensiva.

2- El registro clínico-químico: un relato posible.

Las cartas de Perlongher suponen un registro testimonial de gran interés para acceder a ciertos saberes sobre el sida. El poder de estas cartas, en términos documentales, tiene que ver con que construyen el relato de una vivencia de la enfermedad allí donde el disciplinamiento biomédico se formula y actúa y el discurso de las ciencias sociales se detiene. En este sentido, podrían ensayarse varios modos de leer el sida allí.

Uno se ancla en el contexto de la obra de Perlongher y tal vez sea el más próximo, por lo que aparenta de evidente, aunque a su vez no se reduzca a lo meramente constataivo. Se trataría, entonces, de recordar el particular énfasis con el que Perlongher escribió sobre los primeros embates del sida como fenómeno, pero leídos ahora desde sus escrituras epistolares, es decir, privadas. Habría allí una invitación a indagar cuál es el giro –si es que lo hay- entre el sida como un fenómeno sociocultural y biopolítico y la enfermedad como vivencia personal: qué se dice de lo primero cuando ocurre la *invasión* de lo segundo. En la carta de febrero de 1990, en la que Perlongher le cuenta a Sara Torres, desde París, que el test le dio positivo, le manifiesta que “ahora que me veo en la proximidad de la enfermedad, me cuestiono todo lo que pensaba y escribía y me aferro a la religión del Santo Daime como única salvación” (442). La pregunta, en suma, sería si hay una inflexión ideológica sobre el sida en Perlongher a

³ El motivo de la ‘afección’, a su vez, quiere tener diversos matices: valga como ejemplo el modo en que Perlongher ironiza, con cierto desprecio, sobre “un grupo de apoyo a *afectados* por el SIDA (vaya rodeo esforzado para evitar la palabra “enfermo”!)” (443, mayo 1990 [París], cursiva mía).



partir de su propia vivencia de la enfermedad respecto de sus creencias teóricas y críticas previas. Es decir, si a partir de esa vivencia se abre una distancia de sí-a-sí que posibilitaría una experiencia al poner a prueba dichas creencias y, por lo tanto, haría ocurrir algo desconocido que fundamente, más acá de las pronunciaciones explícitas y de las vivencias concretas relatadas, el hipotético giro en la percepción de la enfermedad como acontecimiento biopolítico.

En otra dirección, también podría leerse allí la representación de la vivencia de la enfermedad en términos biomédicos: en estas cartas que Perlongher le escribe a su amiga estando ya enfermo, va inscribiendo una enumeración de afecciones, padecimientos y síntomas que funcionan como motivos recurrentes en torno al desarrollo de la enfermedad. Estando todavía en París, se queja de la falta de atención y la incertidumbre:

El problema es que pocos médicos entienden de SIDA. Es el paraíso de la más cruel alopatía. Lo cual mi extranjería complica, pues me tratan cual a un fugitivo otomano. Y mi francés sigue pésimo! (444, 14.5.90).

También, su primera resistencia a tomar AZT hasta que, finalmente, “no hubo otra: había que tomar el AZT!” (444). Y entonces sus efectos: los estados de insomnio, la diarrea, la depresión, la fatiga. Y la lista de “achaques” (453) podría continuar: pulmonía, fiebre, cansancio, sinusitis... (449 y 453 [octubre 1990 y junio 1991, respectivamente]). La doble faz que configuran el deterioro orgánico y el artefacto médico-farmacológico, en este momento del sida como enfermedad mortal, constituyen al enfermo no sólo como otredad peligrosa para el imaginario social (Bessa 2002) sino también como un auténtico monstruo científico (Link 2006). Carnes de laboratorio en tanto presas de experimentaciones bioquímicas (en el mejor de los casos; en el peor, cuerpos desechados o abandonados a su suerte), Perlongher lo percibe con nitidez: los medicamentos, dice, “me transforman en una verdadera creación química” (449). Casi en manos del Dr. Frankenstein, poco menos de dos siglos después de él continúan reactualizándose las ficciones científicas en torno a la administración de lo viviente



(Foucault 2008; Giorgi y Rodríguez 2009), aunque al mismo tiempo, pareciera que el sida clausura la imaginación romántica que fue, en principio, uno de sus aspectos constitutivos, y luego una intermitencia nunca apagada del todo. En efecto, a diferencia de otras pandemias de los siglos XIX y XX, el sida parece tener poco y nada de ‘enfermedad romántica’ y es así como se recorta en ‘la’ enfermedad finisecular y posmoderna de cara al futuro; como afirma Daniel Link, “el SIDA es, efectivamente, la Enfermedad del capitalismo tardío” que convierte “al monstruo clásico en una nueva clase de monstruo: el ciborg, el mutante del siglo XXI” el cual ya no supone “un principio de inteligibilidad (...) sino una ética y una estética de la existencia” (Link 2006: 254 y 264).

3 – Solo ante la muerte: la vida sensible.

Pero si bien por un lado tenemos este registro clínico, orgánico, este ‘cuadro’ que organiza un relato posible, por el otro tenemos un torbellino sensible: “Una hipersensibilidad exacerbante. Un dolor de abandono” (452, enero 1991); “el coco estalla y roe el alma asustada” (449, octubre 1990). La conmoción anímica o emocional, claro está, acompaña al deterioro físico, con lo cual, además de la enumeración de síntomas concretos en el cuerpo, estamos ante el relato de los *efectos* de esos síntomas sobre el cuerpo aún viviente y, fundamentalmente, de las consecuencias en su convivencia cotidiana con la enfermedad: el ánimo, la percepción de los afectos, la sociabilidad.

Los estados de ánimo están casi siempre recorridos por la “sensación de derrumbe” (446) que lo conduce a la inacción, aún teniendo leves mejorías físicas:

...uno de los problemas que padezco es que no sé exactamente qué es lo que puedo hacer y qué es lo que no, mi inclinación natural es la yacencia mustia. Acabo haciendo nada o muy poco... (449, octubre 1990).



O bien:

Heme aquí bastante bien de salud, aunque con el ánimo ocupado por un profuso tedio. Estuve bastante animado hasta ahora pero de repente, no sé, me harté, y me cuesta recomenzar la cuesta como una borrica empacada en paúles, no baúles (455, septiembre 1991).

El tedio, la apatía, la “depre”, el cansancio, la “yacencia”, el desgano, atraviesan el epistolario de la enfermedad. Esa “reseña de males” (459) está asociada también (simultáneamente como causa y como consecuencia) a la inminente y soberana soledad: Perlongher le cuenta/demanda a Sarita:

Preciso un poco de mimo, porque en general me siento solo. Esta enfermedad provoca un aislamiento progresivo porque uno no consigue acompañar el ritmo de los otros y va quedando rezagado (458 - 459, agosto 1992).

En este sentido, allí se vuelve a hacer presente la escritura como la apertura de un espacio para el diálogo o la escucha, al tiempo que supone una afirmación afectiva regulada y solventada por la intensidad del vínculo. La escritura, así, cubre un vacío, y es de esta manera que quieren seguir siendo una afirmación vital: *estas cartas* a su amiga que no dejan de sucederse, más allá de los malestares que registra (la negatividad, el nihilismo, la tristeza, la melancolía, la “saudade”). Perlongher le escribe a su amiga porque está solo, y de hecho le reclama insistentemente que le escriba: quiere dialogar, conversar:

Y, no mientas, he visto que tenés un computador, máquinas de escribir, lapiceras, blocks enteros de hojas maravillosamente blancas, que son un encanto, no como ésta inequívocamente un enchastre. Y ME VAS A DECIR QUE NO PODÉS ESCRIBIRME, qué te cuesta. (454, junio 1991)

Y aunque le pide que vaya a visitarlo a Brasil porque hay “cosas para hablar de cerca” y porque “tengo deseos y necesidad de que hablemos”, aunque reconoce o percibe un



límite en la comunicación epistolar escrita (“Es difícil decir lo que me pasa por carta, o implica desgarramientos que la afectuosidad del tete à tete atenúa” (451 - 452, enero 1991)), aún a pesar de todo esto, *mientras tanto, no puede dejar de escribirle*. Y si escribe menos, es sólo porque le “cuesta arrastrarse hasta los correos de soviéticas colas infinitas” y entonces “es una novela conseguir a alguien que me lleve las cartas” (454, junio 1991). Lo que allí posiblemente se esté exhibiendo, con bastante claridad, es la marca del impacto del sida que redefinió los afectos homosexuales, dando lugar –como señala Denilson Lopes- a “un deseo de mantener un diálogo, un lenguaje afectivo”, esto es, una estrategia, “incluso ética, de sobrevivencia” (Lopes 2002: 156 – 157. Traducción nuestra.).

Paralelamente, la búsqueda de otros modos de intensificar la vida presente está dada, en Perlongher, por el ‘camino místico’. Es por esta época, en efecto, que sus preocupaciones intelectuales y poéticas están atravesadas por la idea de “salir de sí”, desplazando y transfigurando (incluso podría decirse ‘de vuelta (de)’ en varios sentidos) el tema de la sexualidad. La consideración de este giro, que nos devolvería al contexto de su obra, puede verse, con todo, en la cantidad de ensayos y poemas que la dedica a la cuestión por esos años. Pero, antes bien, ateniéndonos a las cartas, lo que allí se pone de relieve, en relación con estas búsquedas, es el deseo de alguna ‘salud’ que lo reinvente *en y para sí* (aunque hable de un “salir de sí”) y le permita o le abra, siquiera la posibilidad, de poner(se) a prueba (en) los límites sensibles. Aunque al mismo tiempo siempre esté a un paso (y justamente esto evidencia el riesgo en juego que un muerto en vida ni siquiera correría) de replegarse hacia alguna creencia externa de sanación o alivio. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la preocupación por la presunta incompatibilidad del AZT y los antibióticos con la bebida del Santo Daime: no poder tomarla, dice, lo deja en ruinas (449). O con la evocación del Padre Mario, un famoso sacerdote del oeste del Gran Buenos Aires que curaba por imposición de manos (453 - 454): “Si lo vas a ver (...), pedile por mí” (454), le dice a Sarita, además de dedicarle, por esa misma época, el largo poema-ruego “Alabanza y exaltación del padre Mario”.

Estas cartas, en suma, dan cuenta de un mundo personal en ruinas, derrumbándose, pero al mismo tiempo permiten vislumbrar o entrever la reinención



constante de sí, la permanente posibilidad abierta de afirmar un exceso vital que desplace siempre un poco más allá, una y otra vez, un día tras otro, ‘eso’ que aunque no se nombre sin duda se sabe, lo cual supone que está presente: la muerte próxima, inevitable e inminente. Es como si tuviese la ilusión o la fantasía de poder suspenderla u olvidarla, por lo menos en el registro verbal explícito. Desde este plano, Perlongher parecería no entregarse ligera o fácilmente a la idea de una muerte por venir, que sabe que llegará pronto: aún haciendo una detallada reseña de sus males (y cómo no hacerlo), a la muerte ni siquiera la menciona, como si no estuviese en el horizonte de posibilidades⁴. Por eso, en términos testimoniales, el tono del epistolario no deja de ser de a ratos festivo, incluso casi chistoso y, aún en la percepción de su ‘derrumbe’ –físico, afectivo, emocional-, no se trata de un incesante lamento agónico como podría haberse esperado de un acontecimiento como este -el presentimiento de la muerte- tan proclive a la victimización, el efecto de lástima o la búsqueda de compasión⁵.

La muerte inminente, así, funciona como aquello que no puede escribir. A partir de esa innominación, Perlongher parece escribir como si estuviese simplemente enfermo, y no como un enfermo terminal que va a morir tal vez mañana mismo: no lo quiere o no lo puede recordar al escribir. Pero está claro que esto no significa que no esté presente; casi por el contrario, confirma su presencia como un fantasma que precisamente por el temor que suscita no puede articularse en el lenguaje. Desde esta perspectiva, se abriría un espacio de tensión entre esa imposibilidad de nombrar una presencia (silenciada o negada) que es precisamente la que, en su sinsentido, le hace

⁴ Como señala Vladimir Jankélévitch, la trampa esencial de la muerte es siempre reservarla y aplicarla a los otros por “una prórroga perpetua y un aplazamiento”: “es como si reserváramos soberbiamente la muerte a la gente que pasa por la calle. (...) Y eso está justificado por la necesidad de la existencia. Supone perpetuamente este engaño. (...) Lo sé [que voy a morir], pero no estoy íntimamente persuadido. Si estuviera persuadido, totalmente seguro, no podría vivir. Entonces, lo aplico a los otros.” (2004: 26 – 27).

⁵ Y aquí hay que sumar la eficacia retórica de Perlongher, aunque no por eficaz carente de complejidad: precisamente ésta puede ser una de las razones que hacen que el epistolario no se lea de un tirón pero, al mismo tiempo, que sostenga el interés y por lo tanto sea imposible desprenderse de él hasta la última carta. Se trata de un estilo que parece no querer desvincularse del poema y se plantea casi como su continuidad: los ‘jueguitos’ verbales, los recovecos lingüísticos y, en suma, la falta de despojo en general de su densidad barroca que desafía la retórica epistolar más o menos esperable o característica. Las cartas de Perlongher, así, quieren funcionar como una continuidad literaria en la vida, o mejor, como la continuidad de la literatura en el diálogo privado. Incluso cierto regodeo en algunos términos médicos parecen querer dar cuenta de ‘una enfermedad-barroca’?



sentir la vida (Jankélévitch 2004: 37) y el plano eminentemente explícito que articularía, a su vez, la tensión entre los motivos que parecen inscribir la muerte –delatándolo como un muerto en vida- y la imagen de sí que quiere ofrecer como una vida que, pese a todo, aún resiste.

En este sentido, la figura del abandono es sugerente: la escritura de la angustia y la soledad son el “dolor de abandono” cuya percepción recorre estas cartas (abandono de los otros, abandono de la poesía, abandono de los proyectos y tal vez de la idea de futuro a largo plazo). Pero estas inscripciones, que permitirían hallar en esas cartas a un muerto en vida, a la vez no logran desestabilizar la poderosa imagen de sí mismo que Perlongher da: un sujeto que no deja de hacer cosas, porque allí todavía hay algo vivo que se afirma y que por eso no (se) enuncia ‘desde’ Tánatos sino ‘en contra de’ (y no en un sentido de oposición sino de resistencia). En la última carta, tres meses antes de morir, le cuenta a Sarita que quiere mudarse a un departamento más amplio para poder tener un acompañante con más comodidad, que quiere ir a Buenos Aires en octubre, que perdió la visión de un ojo (y aún así, *sigue escribiendo*) (459 - 460). De este modo, Perlongher se esfuerza en demostrar (en actos y en palabras) que, aún con todos sus malestares, no se ha *echado al abandono*, es decir, no se ha entregado -no quiere entregarse- a la quietud, inmovilidad o inacción de quien, agonizando, espera la muerte.

En tanto indecibles, estas tensiones se afirman como una ambigüedad que permea el epistolario y convocan el interés para indagar y conjeturar –en términos más amplios- la marca de intensidad que dejó el sida como enfermedad mortal en ciertas escrituras asociadas a varones homosexuales: ante la vida amenazada, afirman posibilidades de devenir hacia nuevos modos de relaciones –en el caso de Perlongher, afectivas y sociales. En este sentido, estas cartas parecen querer funcionar como una escritura que *hace* la vida presente. Un acto de presencia ante la amiga y ante sí.



Bibliografía

Agamben, Giorgio (2005). “El autor como gesto”, en *Profanaciones*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo: 81 – 94.

Barthes, Roland (2006) [1977]. *Fragments de un discurso amoroso*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Bessa, Marcelo Secron (2002). *Os perigosos. Autobiografias & AIDS*. Rio de Janeiro. Aeroplano.

Deleuze, Gilles (1996) [1993]. “La literatura y la vida”, en *Crítica y clínica*. Barcelona. Anagrama.

Foucault, Michel (2008) [1976]. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Giordano, Alberto (2006). *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario. Beatriz Viterbo.

(2010). “Por una ética de la supervivencia. *Un final feliz (Relato sobre un análisis) de Gabriela Liffschitz*”, en *Los límites de la literatura*. Rosario. Centro de Estudios en Literatura Argentina, UNR.

Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (Comps.) (2009) [2007]. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires. Paidós.

Ingenschay, Dieter (2005). “Hemispheric Looks at Literary AIDS Discourses in Latin America”, en *Iberoamericana. América Latina – España - Portugal*, V, 20, diciembre 2005: 141 – 156.

(2006). “Sida y ciudadanía en la literatura gay latinoamericana”, en *Desde aceras opuestas. Literatura / cultura gay y lesbiana en Latinoamérica*. Madrid - Frankfurt. Iberoamericana – Vervuert: 161 – 181.

Jankélévitch, Vladimir (2004) [1994]. *Pensar la muerte*. Buenos Aires. FCE.

Link, Daniel (2006). “Enfermedad y cultura. Política del monstruo”, en Bongers, Wolfgang y Tanja Olbrich (comps.): *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires. Paidós: 249 – 265.

Lopes, Denilson (2002). *O homem que amava rapazes e outros ensayos*. Rio de Janeiro. Aeroplano.



Perlongher, Néstor (1997). *Prosa plebeya. Ensayos 1980 – 1992*. Selección y prólogo de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. Buenos Aires. Colihue.

(2003) [1997a]. *Poemas Completos (1980 – 1992)*. Edición y prólogo de Roberto Echavarren. Buenos Aires. Seix Barral.

(2004). “Cartas a Sarita Torres”, en *Papeles insumisos*. Edición de Adrián Cangi y Reynaldo Jiménez. Buenos Aires. Santiago Arcos.

(2006). *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978 – 1986*. Edición y prólogo de Osvaldo Baigorria. Buenos Aires. Mansalva.

Siganevich, Paula (2004). “Nena, no te olvides de llevarte un saquito: correspondencia de Néstor Perlongher a Sarita Torres”, en Perlongher, Néstor: *Papeles insumisos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 494 – 497.

Sontag, Susan (2003) [1977 / 1988]. *La enfermedad y sus metáforas / El sida y sus metáforas*. Buenos Aires. Taurus.